9896
Samuel

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

CALLE DE COLUMELA, NÚM. 17, PISO PRIMERO

MADRID

10

SAMUEL.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

EN PROSA Y VERSO

POR

D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

GALERIA DRAMATICA
de
Delgado hermanos.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

DON ENRIQUE DE VARGAS.
SAMUEL.
ESTER.
ISAAC.
ALFONSO.
REBECA.
MÚSICOS.
CRIADOS DE DON ENRIQUE.

En los actos 1.°, 2.° y 3.° pasa la accion en la ciudad de Sevilla, y en el 4.° en Écija.

Año 1278.

Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Una calle oscura y estrecha en Sevilla inmediata al Guadalquivir. A la derecha una casa con dos balcones, y al lado opuesto otra con una ventana sobre la puerta. Al levantarse el telon aparecen en la escena Enrique y Alfonso embozados, y algunos músicos.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, ALFONSO y MÚSICOS en la calle: en el balcon que está situado mas hacia el proscenio, ESTER escondida detrás de las celosías de modo que pueda verla el espectador.

ALFONSO.

Cantarán mas?

ENRIQUE.

Sí.

ALFONSO.

No temes que el viejo se despierte?

ENRIQUE.

Eso pretendo, que vele y que rabie, ya que ella ni aun quiere escucharnos.

ALFONSO.

Quién sabe?

ENRIQUE.

Oh! de seguro.

ALFONSO.

Pues yo juraría... (*Observando el balcon donde está Ester.*)

ENRIQUE.

Qué?

ALFONSO.

Que veo alli un bulto. (*Ester cierra.*)

612424

ENRIQUE.

Voto va! que dices verdad... pero han cerrado las celosías.

ALFONSO.

Ves cómo te escuchaba?

ENRIQUE.

Acaso no es ella.

ALFONSO.

A quién otro habian de desvelar tus cuidados?

ENRIQUE.

Pues sea lo que sea, han de volver á cantar.

UN MÚSICO.

Qué quereis?

ENRIQUE.

Una cancion dulce y lastimosa que ablande ese corazon de pedernal. Ea, vaya: tiernos os quiero mas que nunca... poned la voz mas suave y plañidera que podais.

Cantan.

Niña de los ojos garzos
que en triste prision guardada
vives del mundo alejada,
vives sin gloria ni amor;
abre el pecho á mis suspiros
y oye piadosa mi queja,
que lloro al pie de tu reja
desdenes de tu rigor.

ESTER.

Oh! cómo es dulce y sentida
(*Entreabre las celosías.*)
esa amorosa cancion!
Diera yo toda mi vida
por ser en tu ley nacida,
que me agrada tu aficion.
(*Cantan los músicos.*)
Tú la gallarda y apuesta
de las bellas envidiada,
y en Sevilla celebrada
de sus hermosas blason!
por qué bajo techo umbrío
consumes tal donosura,

ó aun no sientes por ventura
palpitar tu corazon?

ESTER.

Sí siento, mancebo, sí;
bien tus suspiros oí,
que me han robado mi calma:
bien por mirarte perdí
¡cuitada! la paz del alma.

UN MÚSICO.

Vive Dios que si esta cancion no la enternece y desvela, es la mas taimada bellaca que Sevilla encierra.

ENRIQUE.

Silencio, que abren.

SAMUEL, *al 2.° balcon.*

Paréceles bien, mancebos, que es hora esta de cantar? Váyanse de ahí, que estan incomodando á los que duermen.

ENRIQUE.

Digo que teneis mucha razon, pero no me voy.

SAMUEL.

Habré de mandároslo de otra manera tal que os pese.

ENRIQUE.

Como gusteis, seor guapo.

ALFONSO.

Por vida mia que se enoja vuesa merced sin motivo. Si hija alguna tiene, descanse, que por ella no es.

ENRIQUE.

Y por qué das satisfacciones á ese mentecato?

SAMUEL.

Si asi es, quedad con Dios, mancebos. (*Cierra.*)

ENRIQUE.

Bien le has despachado.

ALFONSO.

Ahora fuera bueno separar de aqui esta gente.

ENRIQUE.

Sí, sí... Dejadme solo.

ESCENA II.

ENRIQUE.

Dejadme aqui con mi pena,

que á solas mejor suspira
quien preso en dura cadena
por unos ojos delira
y el corazon enagena.

ESTER.

Alli está... pobre mancebo!
tú lamentas mi rigor,
y yo que en tus ojos bebo
tanto martirio de amor
á quejarme no me atrevo.
Tú lloras al menos..., yo
con mis dolores luchando
si sufro, sufro callando...
acaso no sabes, no,
qué horrible es callar amando.

ENRIQUE.

Y esta pasion es locura
que me combate insensata
entre placer y amargura...
si me halaga tu hermosura
por qué tu rigor me mata?

ESTER.

Nunca en mi pecho sentí
tanto y tan grave dolor...
nunca pensara ¡ay de mí!
en mis ensueños de amor
que amor lastimara asi.
Triste siempre y desvelada
muero, con loco deseo
eternamente abrasada...
viéndote sufro agitada,
y sufro sino te veo.
Qué hiciste, dí, por qué encanto
tanto me prendaste, y tanto
que lloro con amargura,
y es mi placer este llanto...?
me hechizaste por ventura?

ENRIQUE.

Rosa cercada de abrojos,
si apacibles son tus ojos
como tu cielo andaluz,

por qué miran con enojos
al que se abrasa en su luz?

ESCENA III.

DICHOS. ALFONSO.

ALFONSO.

Ya partieron los músicos, y me parece que es hora de que nos marchemos tambien.

ENRIQUE.

Tan pronto?

ALFONSO.

Ya empieza á amanecer.

ENRIQUE.

Ya? es imposible.

ALFONSO.

Mira.

ENRIQUE.

Breve me ha parecido la noche.

ALFONSO.

Eso no lo dudo, sin embargo de que no ha sido muy deliciosa que digamos. A la verdad que no te conozco: pasar asi las horas enteras diciendo ternezas á quien acaso duerme sin cuidarse de tus desvelos.

ENRIQUE.

Calla, Alfonso... asi pasaria tambien el dia sino temiese escitar sospechas en su marido.

ALFONSO.

Sí, vámonos de aqui.

ENRIQUE.

Yo te prometo sin embargo que esta noche será la última que pasemos al sereno.

ALFONSO.

Quiéralo Dios.

ENRIQUE.

Y aunque me cueste la vida... mira, tengo un proyecto, por medio del cual he de conseguir mis deseos.

ALFONSO.

Veamos.

ENRIQUE.

Ya te lo diré... acaso para llevarle á cabo tendré necesidad de dinero.

ALFONSO.

Malo.

ENRIQUE.

Doscientas doblas...

ALFONSO.

Ya voy viendo que el proyecto es dificil, sino imposible.

ENRIQUE.

Mi padre...

ALFONSO.

Ha conocido que le escamoteábamos el arca, y ya la cierra con cien llaves.

ENRIQUE.

Me ocurre una idea.

ALFONSO.

Dila.

ENRIQUE.

Si ese perro hebreo que aqui vive (*Señalando á la izquierda.*) quisiera prestarme esa cantidad...

ALFONSO.

Samuel?

ENRIQUE.

Quién mejor?

ALFONSO.

Sí, pero como le debeis ya tantas!

ENRIQUE.

Verdad es... sin embargo, si yo le hiciese creer que mi padre estaba á punto de espirar...

ALFONSO.

El pobre viejo!

ENRIQUE.

Y que iba á heredarle mañana...

ALFONSO.

De ese modo acaso lo creería, y si le ofreciescis una respetable ganancia...

ENRIQUE.

Eso tentaria al judío mas sagaz. Vamos, es cosa hecha; pero entre tanto que no viene, alejémonos de aqui.

ALFONSO.

Vamos.

ESCENA IV.

SAMUEL. Sale de su casa y se dirige á la del lado opuesto: da algunos golpes á la puerta, y por la ventana se asoma ISAAC. Habrá empezado á amanecer.

ISAAC.

Sois vos?

SAMUEL.

Sí, baja.

ISAAC.

Tan temprano? (*Abriendo la puerta.*)

SAMUEL.

No he cerrado los ojos esta noche.

ISAAC.

Tampoco me han dejado á mí dormir tranquilo.

SAMUEL.

Ah! con que habrás oido...

ISAAC.

Sí, y con bastante claridad.

SAMUEL.

Y no has podido averiguar quién sea la muger á quien se dirigen esos galanteos? Has oido algun nombre, alguna palabra...

ISAAC.

Nada.

SAMUEL.

Dímelo por tu vida.

ISAAC.

Cuando os digo que nada! pensais que os habia de ocultar cosa alguna que interesase á vuestra honra?

SAMUEL.

Harias muy mal. Pero yo creo que esos mancebos no habrán venido á turbar la felicidad de un pobre viejo... no hay mil otras mugeres en el barrio?

ISAAC.

Yo he pensado lo mismo que vos, y creo tambien

que á ser su objeto menos casto que el amor de alguna doncella, andarian mas cuerdos y no tan atrevidos.

SAMUEL.

Yo no sé por qué, sin embargo, no sé por qué me combate una sospecha terrible. Muchas veces de noche he oido esa misma cancion, siempre delante de mis balcones, y nunca en otra parte. Cuando la tarde declina he visto repetidas veces una barca que cruza el rio, y dos hombres en ella misteriosamente embozados; despues, estos mismos hombres sin duda, pasean la calle con músicas y festejos... sería imposible que se dirigiesen á mi esposa?

ISAAC.

Pero eso no es mas que una sospecha.

SAMUEL.

Una sospecha que me hace andar desvelado y cuidadoso.

ISAAC.

Ademas, vuestra esposa aunque niña...

SAMUEL.

Ese es mi mal... una niña que es imposible que pueda amarme.

ISAAC.

Que sabe sin embargo lo que debe á su esposo y á sí misma.

SAMUEL.

Y si le amase?

ISAAC.

Imposible.

SAMUEL.

Y si le amase?

ISAAC.

No habria mil medios de hacerla olvidar su aficion?

SAMUEL.

Uno por lo menos...

ISAAC.

Desechad esa idea.

SAMUEL.

Mira, no podias tú espiar á esos hombres?

ISAAC.

No es dificil.

SAMUEL.

Y si vieses que mis temores eran fundados, me prometes decírmelo ?

ISAAC.

Os lo prometo.

SAMUEL.

Bien, Isaac.

ISAAC.

Pero entre tanto...

SAMUEL.

No volveremos á hablar en ese punto.

ISAAC.

Bien, pues hablemos de otro. Qué manía ha sido esta de venir á estableceros en Sevilla? Cuatro meses hace ó poco mas que hemos llegado, y ya podreis ver si hemos ganado mucho con el cambio. Oh! Granada! cuánto mas prosperaba alli vuestro comercio...?

SAMUEL.

A pesar de eso...

ISAAC.

Hasta ahora nada os he dicho, respetando vuestro silencio; pero cuando advierto que aqui no hacemos mas que perder tiempo y dinero...!

SAMUEL.

En Granada gozábamos tambien de mas tranquilidad.

ISAAC.

Eso ademas: si fuese cierto que esos galanes festejaban á vuestra muger...

SAMUEL.

Me haces pensar en ello, Isaac.

ISAAC.

En qué?

SAMUEL.

Nos volveremos á Granada.

ISAAC.

Cuándo?

SAMUEL.

Muy pronto. (*Despues de un momento de pausa.*) Nuestra venida á Sevilla tenia dos objetos, uno sobremanera poderoso. Mas de treinta años habrá, cuando

el rey don Fernando puso sitio á esta ciudad, temeroso de que los cristianos la pusiesen á saco á su entrada, determiné ocultar una gran parte de mis riquezas en un lugar seguro y apartado. Una noche en efecto empecé á levantar yo mismo el pavimento de mi estancia por no comunicar á nadie mi secreto, cuando noté con sorpresa que el suelo temblaba debajo de mis pies. Óyeme atento. A pocos minutos se desplomó un pedazo del terreno y me encontré de pronto como arrebatado por algun espíritu en una sima profunda (1) y á oscuras, porque mi linterna se habia apagado. De esta suerte pasé el resto de la noche abismado en mil estrañas conjeturas, y respirando una atmósfera de hielo, hasta que el dia puso fin á mi inquietud. Entonces noté una escalera estrecha y tortuosa, á cuyo estremo habia una puerta: esta daba á mi habitacion... juzga cuál sería mi sorpresa al encontrar esta puerta tan hábilmente disimulada, que yo mismo no habia sospechado su existencia. A nadie comuniqué mi secreto, y despues de ocultar en el subterráneo cuanto tenia de mas precioso, volví á cerrar la entrada.

ISAAC.

Y habeis al fin recuperado vuestras riquezas?

SAMUEL.

No, pero estoy á punto de conseguirlo.

ISAAC.

Pero esa casa...

SAMUEL.

Es la que habita ahora don Pedro de Vargas, el padre de ese hidalgo tan galan á quien presté hace dos meses doscientas doblas bajo su palabra.

ISAAC.

Por cierto que hicísteis muy mal. Y en fin...

---

(1) Fue descubierto este subterráneo, que corre por una gran parte de Sevilla, en 1248, cincuenta años despues de la conquista de esta ciudad.

SAMUEL.

La proximidad de nuestras casas me habia hecho sospechar que pudiesen comunicarse por esta ignorada mina, cuyo fin no habia yo podido encontrar, y en efecto esta noche...

ISAAC.

La habeis hallado.

SAMUEL.

Sí.

ISAAC.

Y habeis penetrado en ella?

SAMUEL.

Iba á hacerlo, cuando el ruido de esa serenata me hizo abandonar mi proyecto por ver si descubria quiénes fuesen los enamorados, y á qué muger festejaban.

ISAAC.

Y conseguido ese objeto, es el otro tan poderoso que sea bastante á deteneros aqui mucho tiempo?

SAMUEL.

Poderoso, sí, pero dificil, y por eso no nos detendrá. Yo daria sin embargo todo ese tesoro que ahora busco por conseguirlo.

ISAAC.

Tan interesante es.

SAMUEL.

Mucho, Isaac. Tú creías sin duda que solo mi ambicion por las riquezas me habia traido á Sevilla. Sevilla! Este pueblo es de mal agüero para mí: aqui murieron en flor mis ilusiones, mis esperanzas mas hermosas. (*Enternecido.*)

ISAAC.

Os acordais?

SAMUEL.

Siempre, Isaac, siempre.

ISAAC.

Mas de treinta años han transcurrido...

SAMUEL.

Pero su memoria profunda refresca en mí todos los dias aquella herida.

ISAAC.

Y en fin...?

SAMUEL.

Vanamente he procurado indagar el nombre del que tan villanamente asesinó aquellas dos prendas de mi alma.

ISAAC.

Pretenderiais acaso...

SAMUEL.

Sí, vengarme.

ISAAC.

Es posible!

SAMUEL.

Piensas tú que porque el rencor permanezca veinte años adormecido, si es un rencor tan agudo, tan penetrante como este mio, piensas que pueda morir sin que le satisfaga una venganza? Y es fuerza que renuncie sin embargo á este consuelo! El matador de mi esposa y de mi hijo reirá tranquilo; y yo... yo moriré con el pesar de no haber vengado su muerte. Cuantas veces he venido á Sevilla para esto, otras tantas he tenido que renunciar á mis proyectos... indagaciones, escrupulosas pesquisas, el oro derramado á manos llenas, todo ha sido inútil, y ahora que con este objeto pensé establecerme aqui, esos dos hombres... Sevilla! Sevilla! ni paz, ni venganza! Partiremos muy pronto.

ISAAC.

Eso, Samuel; pero tranquilizaos.

SAMUEL.

Sí, ya estoy mas tranquilo. Tú eres fiel, y cuidarás de tu infeliz señor. Tú velarás por su honra, y yo... yo te juro que tambien velaré, y si por desgracia descubriese... oh!

ISAAC.

Me habeis ofrecido no volver á hablar en ese punto.

SAMUEL.

Tienes razon: no hablaremos mas de eso.

ISAAC.

Alguien se acerca.

ESCENA V.

SAMUEL. ISAAC. ENRIQUE y ALFONSO, que entran.

ENRIQUE.

Samuel?

SAMUEL.

Que os guarde Dios.

ENRIQUE.

Dos palabras aqui aparte.

SAMUEL.

Por qué no...

ENRIQUE.

Traigo un asunto
que es reservado.

SAMUEL.

No obstante...

ENRIQUE.

Pues bien, necesito al punto
doscientas doblas. Ya sabes
mi puntualidad.

SAMUEL.

Sí sé...

ENRIQUE.

Puedes entonces fiarme.

SAMUEL.

Prenda.

ENRIQUE.

Mi palabra.

SAMUEL.

Es poco.

ENRIQUE.

Mi palabra no es bastante?

SAMUEL.

Perdonad.

ENRIQUE.

Mi firma.

SAMUEL.

Es poco.

ENRIQUE.

Perverso usurero... (*Empuña.*)

ALFONSO.

Qué haces?

SAMUEL.

Don Enrique!

ENRIQUE.

Vive Dios! (*Conteniéndose.*)
Posible es que asi me trates,
Samuel?

SAMUEL.

Sí; todos me deben,
y vos el primero.

ENRIQUE.

Calle!
yo...

SAMUEL.

Por vuestra firma dí
habrá dos meses cabales...

ENRIQUE.

Qué! te acuerdas...

SAMUEL.

Y aun no sé
cuándo pensais en pagarme.

ENRIQUE.

Pronto.

SAMUEL.

Si al fin os morís,
que al cabo la vida es fragil,
y vos que sois pendenciero...

ENRIQUE.

Pobre Samuel! Y no sabes
que voy á heredar mañana!

SAMUEL.

Es de veras?

ENRIQUE.

Dios mediante,
mañana.

SAMUEL.

Si fuera cierto...

ENRIQUE.

Preguntádselo á mi padre.

SAMUEL.

Le heredais en vida?

ENRIQUE.

No;
pero es ya viejo, y sus males...

SAMUEL.

Vuestro padre...

ENRIQUE.

El pobre viejo,
se muere y no hay quien le salve.

SAMUEL.

Y no podeis aguardar
á mañana?

ENRIQUE.

No, que es tarde
para entonces: necesito
ese dinero al instante.
Doscientas doblas...! despues
las arcas al punto se abren,
y los ojos de Samuel
alegres brillan... qué haces?

SAMUEL.

Pienso que...

ENRIQUE.

Vamos, despacha.

SAMUEL.

Firmad la deuda.

ENRIQUE.

Al instante.

ESCENA VI.

DICHOS, menos SAMUEL.

ALFONSO.

Al fin se ablandó.

ENRIQUE.

Judío
de Barrabás; pues es facil
de engañar! Tiene á sus doblas
un amor tan entrañable!

ALFONSO.

Reniego yo de su raza.

ENRIQUE.

Yo, no tanto; no lo estrañes...
de aquella hermosa judía
que tiene el rostro de un angel,
y aquel mirar hechicero,
y aquel hechicero talle,
cómo renegar?

ALFONSO.

Tan ciego
te tiene? Tú que inconstante
de esos delirios de amor
tantas veces te burlaste,
tú que en eternos festines
y en nocturnas bacanales
la vida pasas riendo,
la libertad entregaste?

ENRIQUE.

Es tan bella!

ALFONSO.

Una judía.

ENRIQUE.

Y casada.

ALFONSO.

Bravo lance
has echado por mi vida!
y si el marido lo sabe...
que estos malditos hebreos
son zelosos como nadie.

ENRIQUE.

Pienso robarla esta noche.

ALFONSO.

Deliras?

ENRIQUE.

Si acompañarme
quieres...

ALFONSO.

Robarla?

ENRIQUE.

Qué! temes?

ALFONSO.

Por mí para luego es tarde,
aunque te espones, Enrique.

ENRIQUE.

Iré yo solo... qué diantre!

ALFONSO.

No pienses que te abandone
porque quiera aconsejarte:
dime tú si en el peligro
me viste nunca cobarde.
Y conoces al marido?

ENRIQUE.

No... nunca le vi: no obstante,
sé que es viejo y muy zeloso,
que la guarda hasta del aire.
No vuelve Samuel.

ALFONSO.

Aun no.

ENRIQUE.

Ese cara de vinagre (*Reparando en Isaac.*)
estaba escuchando...

ISAAC.

Sí,
doncel, y asi Dios me salve
como son esos proyectos
indignos de vuestra sangre.

ENRIQUE.

Calla... si fueras capaz
de venderme, miserable!

ISAAC.

No os irriteis: solo os digo
que con amor semejante
lograreis solo afrentar
vuestro orgulloso linage.

ENRIQUE.

No, sino insultar tu raza
maldecida, abominable...
Silencio! si una palabra
pronuncias, eres cadáver.
Mañana di lo que quieras...

ISAAC.

(No lo has de lograr, infame.)

ESCENA VII.

DICHOS. SAMUEL, que trae en un saco el dinero.

ENRIQUE.

Viniste ya, perro hebreo?

SAMUEL.

Vuestro dinero aqui está.

ENRIQUE.

Nada falta... ya he firmado...
cuando acabe de espirar
se abrirán las arcas: llenas
de joyas y de oro estan.

SAMUEL.

Y me pagareis?

ENRIQUE.

Al punto.

SAMUEL.

Mañana decís?

ENRIQUE.

Cabal.

SAMUEL.

Muy bien.

ENRIQUE.

A Dios, buen hebreo...
cuidado con no faltar.

SAMUEL.

A Dios, señor.

ESCENA VIII.

SAMUEL. ISAAC.

ISAAC.

Los perversos!

SAMUEL.

Qué murmuras, buen Isaac?

ISAAC.

Hablaban esos mancebos
de un proyecto...

SAMUEL.

Sí?

ISAAC.

Infernal!
yo los escuché... á una hebrea
hermosa, van á robar.

SAMUEL.

Una judía!

ISAAC.

Casada...
y con un viejo.

SAMUEL.

Eso mas?
Infames!

ISAAC.

Aún por la calle
van los dos: facil será
alcanzarlos.

SAMUEL.

Corre... corre...
que no los pierdas, Isaac.

ISAAC.

No temais: vuelven la esquina...
maldicion...

SAMUEL.

No, no... alli van.

ESCENA IX.

SAMUEL.

Si por desdicha... imposible...!
imposible! negro afan
que labras asi mi vida
con fiera saña mortal!
Siempre soñando que vienen
á robarme tu beldad
porque eres hermosa y jóven...
porque yo soy viejo ya.

No puede ser ella, no...
nunca... esos hombres quizás
ni aun han fijado sus ojos
en tu rostro celestial.
Sin embargo, bien pudiera,
y en ese caso... por mas
que quiero, olvidar no puedo
á ese atrevido galan.
Cerremos aqui... yo vuelo...
(*Va á salir y se detiene.*)
mas mi tesoro aqui está...
Isaac se fue: dejar solo
espuesto á cualquier azar... !
Mas tambien ella está sola,
y ella es mi vida... y serán
capaces de arrebatarme...
oh! no...

ESTER.

Samuel? (*Sale por la derecha.*)

SAMUEL.

Aqui está.

ESCENA X.

SAMUEL. ESTER.

SAMUEL.

Hija Ester, pues cómo asi
el lecho tan pronto dejas?
te dispertó como á mí
esa música que aqui
sonó bajo nuestras rejas?

ESTER.

No la oí.

SAMUEL.

Sin duda ha sido
algun nocturno galan
que está de amores perdido.

ESTER.

Yo, señor, no lo he sentido;
sin duda amores serán.

SAMUEL.

Mal hace, que de tal suerte
compromete á su adorada,
y si el marido lo advierte...

ESTER.

Quién os dijo que es casada?

SAMUEL.

Y quién dice que no acierte?
su reserva misteriosa...

ESTER.

Buena reserva.

SAMUEL.

Pues no?

ESTER.

Con su música estruendosa... !

SAMUEL.

Luego oiste...

ESTER.

No tal cosa...
vos lo dijisteis, no yo.
(Gran Dios! mé espanta su ceño.)

SAMUEL.

Qué piensas?

ESTER.

Estais zeloso?

SAMUEL.

Zelos me turban el sueño.
Quién puede gozar reposo
de tanto tesoro dueño?
Quién no lo estuviera, quién?
cuando mis ojos te ven
rica de tanta hermosura,
grande es, Ester, mi ventura...
grandes mis zelos tambien.
Viejo, y tú niña y tan bella...!

ESTER.

Niña, sí, pero bien sé
que ya á vos me consagré.

SAMUEL.

Tu virtud! oh! no por ella,
nunca en tu virtud dudé.

Tu rostro, tu mirar blando,
tu nevada frente hermosa,
mi sueño estan disturbando
y el corazon desgarrando
con inquietud dolorosa.
De femeniles antojos
miedo abriga el corazon,
y tengo zelos y enojos
si te miran otros ojos...
tal es mi ardiente pasion!

ESTER.

Quién mas vuestro honor estima,
que cifro mi honor en él?
yo os amo...

SAMUEL.

Cierto?

ESTER.

Samuel!
no sabeis cuál me lastima
vuestra sospecha cruel!

SAMUEL.

Bien; no haya mas: bien lo sé
que mi zelosa inquietud
capricho de mi amor fue...
de hoy mas, ya solo pondré
mi esperanza en tu virtud.
Pues yo en tí mi vida empleo,
vive para mí guardada;
que no empañe la mirada
de algun infame deseo
tu pura tez delicada.
En dichas se tornarán
mis amarguras asi,
y mis zelos y mi afan...

ESCENA XI.

DICHOS. ENRIQUE y ALFONSO, que atraviesan la calle embozados, y á alguna distancia: ISAAC, observándolos.

ENRIQUE.

Es ella!

SAMUEL.

Mira! alli van...

ESTER.

Gran Dios!

(*Ocultando el rostro en el pecho de Samuel.*)

SAMUEL.

Si fuera por tí!

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Ester magníficamente alhajada. Un balcon en el fondo y puertas laterales. Los muebles, asi como los demas adornos, son de gusto árabe. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

REBECA bordando. DON ENRIQUE por el balcon, embozado.

REBECA.

Bueno...! ya empieza la cantilena de todos los dias. Dios quiera que yo me engañe, pero si esto sigue, puede acabar mal. El viejo es estremadamente zeloso, y con harta razon. Parece que han callado... sí, mucha compasion me da ese pobre mancebo! y qué espera? aunque mi señora le amase, que sí creo, aun cuando quisiese corresponderle, que no es posible, qué conseguirá? nada. Por mi parte, si yo pudiese... verdad que es un cristiano; pero es buen mozo y galan... sí, muy galan, y para una muger esto es algo. Sin embargo, (*Don Enrique se va acercando.*) habrán de contentarse con sus deseos... siempre encarceladas... imposible que aqui pueda entrar nadie. Ah! (*Da un grito viendo á don Enrique.*)

ENRIQUE.

Silencio.

REBECA.

Quién sois? por dónde habeis entrado? ved que voy á gritar.

ENRIQUE.

No grites. (*Se descubre.*)

REBECA.

Como! vos... qué atrevimiento!

ENRIQUE.

Me venderás?

REBECA.

Yo...

ENRIQUE.

Toma en pago de tu silencio. (*Echándole sobre el bastidor una bolsa.*)

REBECA.

Oro...! callaré.

ENRIQUE.

Podrás ayudarme?

REBECA.

En nada.

ENRIQUE.

Puedo esconderme aqui? (*Dirigiéndose á la izquierda.*)

REBECA.

No, no.

ENRIQUE.

Aqui? (*A la derecha.*)

REBECA.

Tampoco.

ENRIQUE.

Dónde pues?

REBECA.

Por donde vinisteis?

ENRIQUE.

Por alli. (*Señalando al balcon.*)

REBECA.

Sino os parece mal...

ENRIQUE.

Entiendo. (*Hace que se va y vuelve.*) Una palabra: me ama tu señora?

REBECA.

No quisiera engañaros.

ENRIQUE.

Es decir...

REBECA.

Que no lo sé.

ENRIQUE.

Bien; á Dios.

REBECA.

No direis á nadie que yo os he visto?

ENRIQUE.

A nadie. (*Se esconde tras de las cortinas del balcon.*)

REBECA.

Yo no sé lo que me pasa...!

ENRIQUE.

(*Asomándose entre las cortinas.*) Crees tú que tardará todavía su marido?

REBECA.

Juzgo que sí; pero por nuestro padre Abraham no asomeis asi la cabeza, ni hableis en voz tan alta. Yo no quiero mezclarme en esto, ni que sepa nadie que os he hablado.

EERIQUE.

Pero dime, no es cierto que tu señora es desgraciada con ese viejo zeloso?

REBECA.

Muy cierto, sí señor.

ENRIQUE.

Y no suspira alguna vez, al mirarse encerrada como en una prision, tan jóven y tan hermosa, pudiendo brillar al mundo, donde hay amores juveniles en vez de esos amores caducos?

REBECA.

Muchas veces... pero silencio por Dios, que ella viene aqui... silencio; estoy temblando toda.

ESCENA II.

DICHOS. ESTER por una de las puertas de la derecha.

REBECA.

Señora? (*Ester se sienta junto á Rebeca.*)

ESTER.

Qué haces?

REBECA.

No veis? (*Sigue bordando.*)

ESTER.

Deja... por qué tanto afan?

REBECA.

Es que se acerca San Juan,

y entonces me reñireis...

ESTER.

Hay tiempo.

REBECA.

Mas cómo fue
concederos que á la fiesta
vayais tan bella y apuesta?

ESTER.

En verdad que no lo sé.

REBECA.

De su zeloso rigor
ese proceder estraño,
que hallásteis en él ¡mal año!
el mas tirano opresor.
En fin, ya vais á lucir
en el mundo.

ESTER.

Sí, par diez!
para tornar otra vez
á suspirar y á morir!

REBECA.

Oh! vais á estar sin igual;
empero no es maravilla,
que no hay en toda Sevilla
talle ni hermosura tal;
ni hay ojos de tal mirar.

ESTER.

Mal hora si hermosa soy,
pues condenada aqui estoy
sin contento y sin amar.

REBECA.

Sin amar!

ESTER.

No sé; tal vez...

REBECA.

Algun galan caballero...

ESTER.

Qué dices?

REBECA.

Yo, nada... pero...
es cansada la vejez.

ESTER.

Calla: qué horrible martirio!

REBECA.

Le amais?

ESTER.

A quién?

REBECA.

Al doncel.

ESTER.

No, que aun el pensar en él
fuera un crimen, un delirio.

REBECA.

Mucho os quiere, y demasiado,
que vuestro esposo pudiera
verle.

ESTER.

Mas de mí qué espera
tan ciego y enamorado?
Ni es soberbio mi linage,
ni suya mi religion...
yo abrigar una pasion
haciendo á mi esposo ultraje!

REBECA.

Como de noche os aqueja
con acento doloroso... !
mil veces le vi lloroso
apoyado en vuestra reja,
y alli le encuentro á deshora
ayes lanzando del pecho,
mientras en mullido lecho
duerme su ingrata señora.
Dichosa quien es amada
con tan ardiente pasion!

ESTER.

Calla! por qué mi afliccion
asi aumentas? desdichada!

REBECA.

Amais, y quereis en vano
ocultarme vuestro afan!
Oh! si supiera el galan...

ESTER.

Saberlo...!

REBECA.

Pues eso es llano.
Cómo ocultar el amor,
ni cómo fingir enojos
con esos divinos ojos
de mirar abrasador?

ESTER.

Si posible fuera...

REBECA.

Oh! sí...

ESTER.

Yo la vida me quitara
si mi amor adivinara...
no me hables de él... ay de mi!
Qué horrible cosa es nacer
para soñar en la vida
con una dicha perdida,
para ignorar el placer!

REBECA.

Callad, que pienso que alguno
se acerca...

ESTER.

Si es Samuel...!

REBECA.

Tan temprano...! cierto! es él.
(A tiempo viene oportuno!) (*Mirando al balcon.*)

ESCENA III.

DICHAS. SAMUEL por la puerta del fondo.

SAMUEL.

Alli está... mi vida...! Ester!

ESTER.

Señor!

SAMUEL.

Tú no me esperabas.
Rebeca...!

REBECA.

Vóyme, Señor.

SAMUEL.

Qué tienes?

ESTER.

Yo... nada.

SAMUEL.

Nada?
Cierras? (*A Rebeca, que cierra el balcon.*)

REBECA.

Sí; viene del rio
un vientecillo que pasma.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

SAMUEL. ESTER.

SAMUEL.

Estan tus ojos cargados
de llorar...! y por qué causa?
Yo que mi vida daría
por verte feliz...

ESTER.

No es nada
os repito... es un recuerdo...
un recnerdo de mi infancia,
y nada mas.

SAMUEL.

Y es tan triste
que asi tu quietud amarga?

ESTER.

Acuérdome que la suerte,
siempre á mi dicha contraria,
me arrebató siendo niña
á mis padres.

SAMUEL.

Por desgracia
hallásteis quien apiadado
vuestra orfandad amparara.
Sí, sí... por desgracia...! un hombre

cubierto de yertas canas
partió su tálamo frio
con la huérfana angustiada.

ESTER.

Qué decís?

SAMUEL.

Tienes razon!
ella en edad tan lozana,
con su corazon de fuego
y su pureza sin mancha
unir su suerte á mi suerte!
Vendí mi piedad bien cara!

ESTER.

Vos me atormentais... yo nunca...

SAMUEL.

Perdóname... oh Dios! es tanta
mi desdicha! yo que en tí
vivo, porque eres mi alma,
porque sin tí no hay consuelo
para mi vejéz helada...!
Yo te amo, como ama un padre,
como los ángeles aman:
como tú mi pasion es,
divina Ester! pura y casta!

ESTER.

Ah! Samuel!

SAMUEL.

Yo que en el mundo
vivo ya sin esperanza,
y si una esperanza abrigo
es pasagera y liviana!
Yo tuve un hijo... una esposa...
horrible noche nefanda
en un punto me privó
de cuanto en el mundo amaba.

ESTER.

Un hijo!

SAMUEL.

Cuando en Sevilla
triunfó la impiedad cristiana,
rotos los altivos muros

y á la merced de sus armas,
perdí á mi esposa, y tambien
al hijo de mis entrañas.
Desde entonces, ya no tuve
familia, ni amor, ni calma,
y asi pasé largos años
de una vida solitaria.
Te vi luego... tú eras bella,
y sola tambien estabas,
tierna niña, á los peligros
de este mundo abandonada.
Tal vez causé sin quererlo
con mi piedad tu desgracia!
Tal vez maldices tu suerte
que á mis brazos te entregara.
No es verdad? porque el amor
se aviene mal con las canas,
y... quién sabe si tu pecho
á amor permitió la entrada!
Ester! Ester! qué me dice
tu silencio? por qué callas?
di por piedad que no es cierto...

ESTER.

Samuel!

SAMUEL.

Oh! tú no me amas!
tú no me amas... á lo menos
no me abandones, ingrata!

ESTER.

Yo abandonaros! jamas!

SAMUEL.

Me lo prometes?

ESTER.

Sí...

SAMUEL.

Gracias...
Gracias, Ester... hija mia...

ESTER.

(¡Ay!)

SAMUEL.

Tú me vuelves la calma.

Oh! si pérfida un momento
de mi afecto te olvidaras,
yo muriera de amargura...

ESTER.

No penseis en eso... basta.
Ay! no estais viendo, Samuel,
que me desgarrais el alma?

SAMUEL.

Perdona! Ester! tú no sabes
cuán dulce es la confianza,
cómo el dolor se mitiga
compartido entre dos almas.
Y el que ya es viejo y no tiene
mas solaz que el de su casa
y la esposa de su vida
que le consuela y le halaga...
Dices bien... no hablemos mas...

ESTER.

(Cuánta ingratitud...! ay! cuánta!)

SAMUEL.

Sola te dejo... no quiero
con mis memorias amargas
acibarar tu contento.

ESTER.

No... no os vayais.

SAMUEL.

Por qué causa?

ESTER.

Ingrata fuera, señor,
y mas infame que ingrata
si os ocultara un momento
todos mis pesares.

SAMUEL.

Habla...!
habla por piedad, Ester...
¿qué quieres decir?

ESTER.

Yo... nada.
Me horrorizais...

SAMUEL.

No... no temas...

tranquilo te escucho... acaba!

ESTER.

Es verdad que niña tierna
me habeis hallado, señor,
huérfana y abandonada
á la miseria y baldon.
Tuvisteis piedad de mí...
ó bien tuvísteisme amor,
que á creer vuestras palabras
era hermosa como el sol.
En vuestras venas heladas
una pasion encendió
mi belleza, y me abrigásteis
por lástima... ó por pasion.
Yo era niña, pero luego
mi niñez huyó veloz,
y aún palpitar no sabia
mi sencillo corazon.
Desposada sin amaros,
que no es el respeto amor,
bien pronto dentro en el alma
amor mi dicha turbó.

SAMUEL.

Desdichada!

ESTER.

Pero siempre
fiel á mi deber y á Dios
combatí dentro del pecho
mi deseo abrasador.
Combatí por largo tiempo,
porque erais mi esposo vos,
y oculta estuvo mi llama
para aquel que la encendió.
Sus suspiros y querellas
me hirieron el corazon,
y mil veces por la noche
escuchado habeis su voz.

SAMUEL.

Trovas de amores cantaba
el doncel... y eran por vos...
yo os juro que ha de costarle

sangre su loca aficion.

ESTER.

Qué decís?

SAMUEL.

Basta! ya veo
mi desdicha... dónde estoy?
todos me aborrecen... todos...

ESTER.

Aborrecerte...! eso no...
tú mi padre! tú mi apoyo!

SAMUEL.

Por cierto... qué galardon!
yo que pura te juzgaba
como el oro en el crisol,
yo que idólatra te amé
por tu pureza y candor!

ESTER.

Lo sé... bien he merecido,
señor, vuestra indignacion...
castigadme.

SAMUEL.

Desdichada,
no es tuya la culpa, no:
pero es fuerza partir luego
de esta ciudad...

ESTER.

Yo...

SAMUEL.

Sí... vos.
Os negareis...?

ESTER.

Eso nunca...
mi vida es vuestra, señor.

SAMUEL.

Voy á disponer al punto
la marcha.

ESTER.

(Presto por Dios.)

SAMUEL.

Esperadme aqui.

ESTER.

(No verle...
ay desdichada pasion!)

ESCENA V.

ESTER.

No verle mas! cuando es él
mi vida y mi pensamiento...
cuando agitada aqui siento
insana pasion cruel!
No escuchar ya su cancion,
ni ver surcar su barquilla
que toca la blanda orilla
delante de mi balcon!
Y él plañía sin ventura
mi rigoroso desden,
y yo lloraba tambien
su pasion y su amargura.
Yo á sus tormentos impía...!
yo que nací para amar...!
ay...! pero es fuerza callar:
maldita estrella es la mia!

(*Se oye cantar con voz timida la cancion del primer acto.*)

ESTER.

Imprudente! si lo ha oido...
(*Corre á la puerta de la izquierda y observa.*)
no... Dios me valga! insensato!
y duda... y duda el ingrato
lo que por él he sufrido!
oh...! que no lo sepa: asi
cuando piense en mi desvío
me habrá de olvidar.

(*Se dirige al fondo del teatro y abre el balcon. Enrique sale por él.*)

ESCENA VI.

ESTER. ENRIQUE.

ESTER.

Dios mio!

ENRIQUE.

Silencio, Ester.

ESTER.

Vos aqui!

ENRIQUE.

Vengo, divina Ester, vengo á tus plantas
ciego de amor, y de ilusiones ciego,
porque ya sin morir era imposible
contener en el pecho tanto fuego.

ESTER.

Salid, desventurado.

ENRIQUE.

Me engañaron
esas miradas de tus bellos ojos
llenas de amor y llenas de esperanzas?
Me engañaron tal vez blandos suspiros
que en tus ventanas tímidos sonaron,
y mi triste cancion acompañaron?

ESTER.

Qué decís?

ENRIQUE.

Mira, por tu amor, ingrata!
por tu amor á arriesgar vengo mi vida:
por tí, que eres mi Dios, penando muero
ciego de afan y la razon perdida.
Es un delirio, sí... mas tú lo sabes,
tú ya mil veces mi clamor oiste,
y al escucharlo, dime, por ventura
ni compasion ni amor por mí sentiste?

ESTER.

Compasion nada mas.

ENRIQUE.

Me compadeces!
Ya lo sé... ya lo sé! muger impía!

qué premio á mi pasion! tú me aborreces.

ESTER.

Yo no sé aborrecer; pero si es cierto
que me amásteis, señor, llorando os pido
que salgais al momento. Desdichada!
si supieseis... marchad! ved que no os amo,
que nunca os puedo amar... que estoy casada.
Marchad.

ENRIQUE.

Sin tí jamas.

ESTER.

Qué desvarío!
tengo honor, caballero, y quien le ultraja
solo puede aspirar al odio mio.

ENRIQUE.

Estoy resuelto.

ESTER.

Cómo!

ENRIQUE.

Aunque mi sangre
vertiera toda.

ESTER.

Por piedad!

ENRIQUE.

Partamos...
No hay medio, Ester, mi muerte ó tu cariño.
(*La toma una mano.*)

ESTER.

Ah! qué horror! apartad, ciego mancebo.
Samuel! Samuel!

ENRIQUE.

No grites.

(*La detiene y cierra la puerta por donde entró Samuel, echando por defuera el cerrojo.*)

ESTER.

Desdichada!

ENRIQUE.

Por fuerza ó grado sígueme.

SAMUEL.

Esta puerta...!
(*Forcejeando por dentro.*)

ESTER.

Piedad! piedad!

ENRIQUE.

Alfonso!

ESCENA VII.

DICHOS y ALFONSO con dos hombres armados.

ALFONSO.

Todos huyen.

ESTER.

Favor!

ENRIQUE.

Silencio, Ester!

SAMEUL.

Abrid al punto.

(*La llevan por la derecha.*)

ESCENA VIII.

El teatro queda un momento solo: despues sale ISAAC pálido y azorado.

ISAAC.

Oh! cobarde temor! pero el maldito
me amenazó iracundo... y dónde, dónde
estará mi señor?

SAMUEL.

Abrid!

ISAAC.

Qué escucho!
Dios de Israel! (*Corre á la puerta y abre.*)

SAMUEL.

Isaac! me la quitaron.
(*Mirando con ansia á todas partes.*)
y con ella mi vida se llevaron.
(*Cae desplomado.*)

ACTO TERCERO.

Patio de la casa de don Pedro de Vargas: tiestos con flores aqui y alli esparcidos, y en el fondo un cancel que da salida á la calle. Hácia el proscenio dos bancos de piedra con espaldar.

ESCENA PRIMERA.

SAMUEL é ISAAC entran por una puerta de la izquierda.

SAMUEL.

Crees tú que puedan habernos sentido?

ISAAC.

Me parece imposible.

SAMUEL.

Si habrán llegado ya? No oyes por ningun lado rumor?

ISAAC.

No.

SAMUEL.

Oh! condenacion...! si la hubiesen llevado á otra parte... pero con tal que yo me vengue, que pueda partirle el corazon en cien pedazos, qué me importa lo demas?

ISAAC.

Es imposible que puedan haber llegado aun; nuestro camino ha sido mas corto que el suyo por ser mas recto... A propósito de nuestro camino, por nuestro padre Jacob, que bien he necesitado de ayudar con las manos á los ojos para atravesar ese maldito subterráneo.

SAMUEL.

Esta era mi casa en otro tiempo.

ISAAC.

Recorramos otra vez si os parece esas habitaciones.

SAMUEL.

No; para qué? hácia ese lado está la alcoba del buen don Pedro de Vargas, el padre honrado de ese hijo infame que deshonra su nombre y sus blasones, marchitando con manos impuras la virtud de una muger. Oh! cómo duerme tranquilo el pobre viejo, sin pensar que afrentan sus canas los devaneos de su torpe heredero! No... no volvamos á pasar por ahí, no le inquietemos en su sueño tranquilo. Esperaremos aqui.

ISAAC.

Señor!

SAMUEL.

Qué puedes decirme? nada que pueda consolarme, porque no hay palabras que me vuelvan lo que ya he perdido. El infame! y él tendrá cien mugeres hermosas que le prodigarán sus caricias... yo no tenia mas que una, bella, sí, como un querubin, amada de mí, y guardada como un tesoro... ay! no bastante guardada que no la viesen ojos envidiosos de mi fortuna.

ISAAC.

Calmaos.

SAMUEL.

Poco hace que ese tesoro era mio y lo he perdido! toda mi riqueza se ha desvanecido como el humo.

ISAAC.

Estais fatigado en estremo... sentaos aqui.

SAMUEL.

No es el cansancio, es la desesperacion que hace latir con violencia mi corazon, y me abrasa como una hoguera.

ISAAC.

Pero tranquilizaos.

SAMUEL.

Acaso no estoy tranquilo? no lo parezco por lo menos.

ISAAC.

Vuestra calma me horroriza.

SAMUEL.

Te confieso que no es resignacion... es la rabia

comprimida; pero estallará, no lo dudes, y ay de los que me ofendieron!

ISAAC.

Aun nos queda por registrar todo este lado.

SAMUEL.

Tienes razon; sígueme, pero con sigilo... si nos sintiesen, todo se perdería. Hagamos lo que el tigre, que antes hace sentir su garra que la fiereza de sus miradas. (*Entran por la derecha.*)

ESCENA II.

El teatro queda un instante solo: despues se abre la puerta del fondo y se ven entrar en el portal á ENRIQUE, ALFONSO *y los* CRIADOS *que conducen á* ESTER. *Enrique abre con precaucion el cancel, y todos entran en el patio sigilosamente.*

ENRIQUE.

Colocadla ahí: quizá con el aire libre vuelva de su desmayo. (*La sientan en un banco de piedra y se retiran.*) Nos ha seguido alguien?

ALFONSO.

Pienso que no, y aunque asi fuese, hemos rodeado mucho, y no es posible que nos vieran con la oscuridad de la noche.

ENRIQUE.

Aun no vuelve.

ALFONSO.

Quién habia de creer que nuestro buen judío guardaba en su casa tan inestimable tesoro?

ENRIQUE.

Está todo dispuesto para nuestra marcha á Écija?

ALFONSO.

Todo.

ENRIQUE.

Esta noche partimos.

ALFONSO.

La litera está prevenida, y enjaezados los caballos.

ENRIQUE.

Bien.

UN CRIADO, *que sale.*

Señor?

ENRIQUE.

Qué buscas?

CRIADO.

Vuestro padre se ha despertado y pregunta por vos.

ENRIQUE.

Corramos á tranquilizarle, no llegue á sospechar... sígueme.

ESCENA III.

ESTER, volviendo en sí por grados.

Ah! no... soltad... soltad... Dios mio, qué es lo que me sucede? dónde estoy? yo no sé, no sé nada, ni me acuerdo de nada. Oh! tengo encendida la cabeza. Mi esposo... qué se ha hecho de él... mañana debiamos partir, y luego... qué ha sucedido luego? Aquel mancebo atrevido penetró hasta mi alcoba, y un vértigo espantoso se apoderó de mí. Es cierta mi desdicha, muy cierta! Yo quiero volverme; yo no quiero estar aqui. (*Se incorpora.*) Nadie me responde... la noche está muy oscura, y tengo miedo. Pero mi esposo, por qué no viene á salvarme? porque me han dejado sola, abandonada... miserable de mí! (*Se deja caer en el banco.*) Que venga, sí, que venga, porque soy muger y soy débil. Samuel!

SAMUEL, *dentro.*

Ester!

ESTER.

Dios poderoso! gracias; esa voz es la suya.

ESCENA IV.

ESTER. ENRIQUE por la izquierda con una luz.

ESTER.

Oh! no era él.

ENRIQUE.

Sí, Ester, el que te ama aun mas que á su vida.

ESTER.

Por piedad, señor, quien quiera que seais, cua-

lesquiera que sean vuestros proyectos, tened compasion de mí.

ENRIQUE.

Compasion! eso mismo debia yo pedirte, y eso mismo te he pedido muchas veces; qué respondiste á mis ruegos?

ESTER.

Yo...! qué podia yo deciros?

ENRIQUE.

Y mientras yo velaba, loco de pasion, ciego con mis deseos, tú dormias tranquila sin escuchar siquiera mis lamentos.

ESTER.

Quién os lo ha dicho?

ENRIQUE.

Dime, dime, es cierto que tú tambien velabas?

ESTER.

Yo...

ENRIQUE.

Ester!

ESTER.

Teneis razon, yo nunca os he escuchado, yo nunca habia sabido que me amabais, porque tengo un esposo; lo oís? soy casada, y vos me habeis arrebatado de mi casa, del lado de mi marido, que morirá de dolor. No hay justicia en Sevilla? no vengará nadie vuestro desacierto? pensadlo bien, señor, pensadlo... vuestro crimen es horroroso, y no puede quedar sin castigo.

ENRIQUE.

Y cuando despues de tanto riesgo y de tantas esperanzas he logrado acercarme á tí, cuando mis deseos deben cumplirse...

ESTER.

No, es imposible que hayais concebido tan atroz designio; dejadme salir de aqui; yo os lo perdonaré todo, yo os lo agradeceré con todo mi corazon.

ENRIQUE.

Y cuando estés libre, y cuando vuelvas á los brazos de tu esposo... dime, qué será entonces de mí? Tú sabes cuál sería mi desconsuelo, cuál mi desespe-

racion? y tú no tendrias lastima de mí, como hasta ahora no la has tenido, y te burlarias de mi amor, y yo perdería toda esperanza. Querer sin esperanza, tener zelos y morir abrasado de amor! esto sería demasiado... esto me quitaría la vida.

ESTER.

Y qué me importa á mí vuestro amor, si yo no os amo? apartaos, apartaos.

ENRIQUE.

Que no me amas!

ESTER.

No sé... no sé... Si es fuerza para obligaros á que me volvais á mi casa, donde vivia honrada sino feliz, si es necesario deciros que habia oido con piedad vuestras quejas, que yo tambien os amaba... bien, lo diré; pero por Dios no abuseis de mí por esto... yo os aborrecería entonces y no volvería á quereros nunca.

ENRIQUE.

Me amas!

ESTER.

Callad!

ENRIQUE.

Y quieres que nos separemos!

ESTER.

Eso, al instante.

ENRIQUE.

Por qué?

ESTER.

No me pregunteis por qué.

ENRIQUE.

Tu esposo...

ESTER.

Oh! estará indignado, será capaz de matarme.

ENRIQUE.

Sí, dices bien... te mataría.

ESTER.

Qué habeis hecho?

ENRIQUE.

Perdóname. (*De rodillas.*)

ESTER.

Me habeis perdido para siempre.

ENRIQUE.

Porque te amaba, porque te amaba con delirio.

ESTER.

Yo debia maldecir esa pasion, pero no puedo: yo debia aborreceros, y no puedo tampoco. Pero no hallais un medio, un medio de librarme de la saña de mi esposo? vos debeis hacerlo asi, por mí, por vos mismo... yo no puedo volver á mi casa, porque mi esposo no me creería, y entonces... ah! no quiero pensarlo!

ENRIQUE.

Un medio!

ESTER.

Sí, sí... buscadle; qué haceis que no lo habeis buscado ya?

ENRIQUE.

Tú me amas?

ESTER.

Oh! sí; pero acabad.

ENRIQUE.

Huyamos.

ESTER.

Los dos...? no.

ENRIQUE.

Ester!

ESTER.

Yo sola.

ENRIQUE.

Yo seré tu esposo.

ESTER.

Eso es imposible. Oh! qué horror! un asesinato!

ENRIQUE.

No me comprendes.

ESTER.

Pues qué?

ENRIQUE.

Un sacrificio... un sacrificio grande, pero que es lo único que puede salvarte. Si tú fueras cristiana, podrias ser mi esposa.

ESTER.

Abjurar de la fé de mis padres! eso es horrible.

ENRIQUE.

Y qué otro medio nos queda? Ademas, en todas partes hay un Dios... todas las religiones tienen un mismo Dios... cristiana le adorarás, como le has adorado hebrea.

ESTER.

Yo sé que hago mal, pero es preciso; no es verdad? Oh! hablad, hablad, y persuadidme de que es preciso, porque sino tendré remordimientos espantosos.

ENRIQUE.

Estás decidida por fin!

ESTER.

Ah!

SAMUEL, *dentro.*

Ester!

ESTER.

A todo, á todo; pero libradme de su saña.

ENRIQUE.

De quién es esa voz?

ESTER.

La suya, la de mi esposo.

ENRIQUE.

Él aqui! Alfonso?

ESCENA V.

DICHOS. ALFONSO.

ALFONSO.

Señor.

ENRIQUE.

Al momento la litera y cuatro hombres armados. Sigue á ese hombre, Ester, y nada temas. Yo voy á ver si nos esperan en la calle.

ESTER.

Guiad. (*Ester y Alfonso entran por la izquierda.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE. Abre el cancel, y va á salir, cuando aparece SAMUEL por la derecha.

SAMUEL.

Esperad.

ENRIQUE.

Quién, tú...

SAMUEL.

Silencio...
dónde está, dime?

ENRIQUE.

No sé
lo que preguntas, judío.
(Si me han vendido tal vez.)

SAMUEL.

Ah! tiemblas!

ENRIQUE.

Quién te ha traido
aqui, perro hebreo? á ver!
criados!

SAMUEL.

Silencio digo!
sin duda no sabes pues
á lo que vine.

ENRIQUE.

Yo... cierto...

SAMUEL.

Escucha y te lo diré.

ENRIQUE.

Sea presto.

SAMUEL.

Presto.

ENRIQUE.

En mi casa
cómo entraste? ese cancel
cerrado estaba.

SAMUEL.

Sí estaba;
pero por aqui no entré.

ENRIQUE.

En fin...

SAMUEL.

En fin... no lo sabes?

ENRIQUE.

Sal de aqui.

SAMUEL.

No... tengo sed
de tu sangre miserable,
y tu sangre he de beber.
(*Agarrándole de un brazo.*)

ENRIQUE.

Suelta, judío, ó mi saña... (*Queriendo desasirse.*)

SAMUEL.

Tu saña... eso quiero ver.
Humíllate, miserable.
(*Le arroja sobre un banco de piedra.*)

ENRIQUE.

Yo humillarme...

SAMUEL.

Ya lo ves.

ENRIQUE.

Suelta.

SAMUEL.

No.

ENRIQUE.

Dime qué quieres.
(*Samuel saca el puñal.*)
Vas á matarme? por qué?
Déjame marchar, y al punto
te voy á satisfacer.
Si quieres oro, riquezas,
yo al punto te las daré,
mas no me hieras.

SAMUEL.

Y entonces
quién ha de vengarme, quién?

ENRIQUE.

Mira... te lo juro... al punto
tu esposa te volveré...
déjame, voy á dar orden...

SAMUEL.

Quieto aqui, quieto á mis pies,
y solo para temblar
os movais... oh! lo entendeis?

ENRIQUE.

Suéltame... por Dios...

SAMUEL.

En mucho
tienes la vida, doncel!
yo... mira, yo la aborrezco...
que eres feliz bien se ve...

ENRIQUE.

Te enterneces...!

SAMUEL.

No...

ENRIQUE.

Sin duda...
tu conmocion dice bien
que me perdonas... no es cierto?
no me he engañado, Samuel?

SAMUEL.

Perdonarte... tú no sabes
cuánto me debes!

ENRIQUE.

Sí sé...
tu honor y trescientas doblas
que voy á satisfacer.
Este collar muy bien vale
(*Se quita un collar de perlas que trae al cuello.*)
esa cantidad... ya ves...

SAMUEL.

Este collar...! quién te ha dado
esta prenda, infame, quién?

ENRIQUE.

No entiendo lo que me dices.

SAMUEL.

Habla.

ENRIQUE.

Siempre mia fue.

SAMUEL.

Mientes.

ENRIQUE.

Esplícate.

SAMUEL.

Es mia:
aquella noche cruel
que perdí mi hijo y mi esposa...

ENRIQUE.

Eres tú...? pudiera ser!

SAMUEL.

Sí, yo, el que perdí en un punto
mi paz, mi casa, mi haber,
y mi familia... sí, todo...
solo como ahora quedé.

ENRIQUE.

Oh! decidme que eso es cierto...
decídmelo.

SAMUEL.

Dios de Israel!
que si es cierto?

ENRIQUE.

Deja entonces,
señor, que bese tus pies.

SAMUEL.

Qué dices?

ENRIQUE.

Aquel cristiano
que causa de tu mal fue...

SAMUEL.

Vive?

ENRIQUE.

Vive; mas no ha sido,
como tú piensas, cruel.

SAMUEL.

Vive...! gran Dios!

ENRIQUE.

Y tu hijo...

SAMUEL.

No murió?

ENRIQUE.

Vive tambien.

SAMUEL.

Dónde está?

ENRIQUE.

Cerca de vos.

SAMUEL.

Por tu vida... dónde pues?

ENRIQUE.

Manchado con un delito,
acaso teme...

SAMUEL.

Y por qué?

ENRIQUE.

Le perdonareis?

SAMUEL.

Sí, todo,
pero responde... quién es?

ENRIQUE.

No os dice mi rostro...

SAMUEL.

Tú...!
eres tú...!

ENRIQEU.

Miradme bien.

SAMUEL.

Esas facciones...! sin duda...
es su mismo rostro... es él.
(*Deja caer el puñal.*)
Abrázame.

ENRIQUE.

Padre amado! (*Se abrazan.*)

SAMUEL.

Vuelve á abrazarme otra vez.

(*Enrique se apodera con rapidez del puñal y amenaza á Samuel al querer segunda vez abrazarle.*)

ENRIQUE.

Apártate, miserable!
por tu vida apártate,
ó haré pedazos tu pecho.

SAMUEL.

Qué dices?

ENRIQUE.

Pobre Samuel!

SAMUEL.

Infame! infame!

ESCENA VII.

DICHOS. ESTER, conducida en una litera por los criados de ENRIQUE, y ALFONSO siguiéndolos. Delante van dos pages con hachas encendidas.

ALFONSO.

Marchemos.

SAMUEL.

Es ella, mi esposa... Ester!

(*Al quererse lanzar á la litera, Enrique y Alfonso le amenazan con sus armas. Isaac, que desde la puerta de la derecha ha sido pasivo espectador de la anterior escena, corre á detener á Samuel.*)

ESTER.

Ah!

ENRIQUE.

No temas.

SAMUEL.

Hiere, impío!

ISAAC.

Señor!

SAMUEL.

Ven á herirme... ven.

ENRIQUE.

No soy el que piensas, no:
tu credulidad burlé...
mi padre, ese es tu enemigo.

SAMUEL.

Y el hijo ya lo es tambien.

(*Antes de pronunciar Samuel este último verso habrán salido por el cancel los criados que conducen á Ester: Enrique y Alfonso salen detrás, y los dos hebreos quedan en el teatro, lanzando Samuel terribles miradas hácia el lado por donde van los fugitivos, y siempre contenido por Isaac.*)

ACTO CUARTO.

Una posada en la ciudad de Écija. Sala bien alhajada. Balcon al fondo y puertas laterales. Al levantarse el telon aparecen en la escena Enrique y Ester sentados.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. ESTER.

ENRIQUE.

Y triste por eso estás?

ESTER.

Mucho he sufrido!

ENRIQUE.

Es posible?
un sueño...

ESTER.

Sueño terrible!

ENRIQUE.

Y no me lo contarás?

ESTER.

Era llegado el momento
que delante del altar
el Señor ha de escuchar
nuestro mutuo juramento.
Con inquieta confusion
no sé lo que presentía,
que convulsivo latia
sin tregua mi corazon.
En tus brazos apoyada
llegué hasta el altar... tu mano
apretar intenté en vano...
estaba, como ahora, helada.
Te miré; pero tus ojos
no se tornaron á mí...
estabas pálido... asi...

cubierto el rostro de enojos.
Horrible vision feroz
con ademan misterioso
por el templo silencioso
cruzó con paso veloz,
y con siniestro mirar
alzó sus párpados secos,
sus vidriados ojos huecos
clavando en mí sin cesar.
Pero el sacerdote habló:
sé, me dijo, sé su esposa;
y aquella sombra furiosa
lanzándose á mí gritó...
suya! jamas! pretendí
resistir; pero ¡ay! en vano...
me oprime con seca mano,
fria, cual la tuya... asi.
Y no pude ver ya mas:
cien voces solo se oían
que murmurando decian
suya...! no... suya, jamas!

ENRIQUE.

Esa terrible vision
es la voz de la conciencia
que con tirana violencia
lastima tu corazon.
Sombras que con odio eterno
el alma agitan airadas,
por el crimen engendradas
y abortadas del infierno.
Remordimientos que oprimen
el alma con torbo ceño
y horribles turban el sueño
con los recuerdos del crimen.
Tambien yo con negro afan
horas agitadas velo,
que esos fantasmas de duelo
turbando mi sueño estan.
Y puedes quererme asi,
yo que tu mal he causado?

ESTER.

Si te amo?

ENRIQUE.

Nunca has pensado
en tu viejo esposo, di?

ESTER.

Por qué lo dices, no entiendo.

ENRIQUE.

Mucho te quiso!

ESTER.

Es verdad...
grande fue mi liviandad,
y nuestro delito, horrendo.

ENRIQUE.

No es verdad que arrepentida
recuerdas cuánto te amó?

ESTER.

Calla!

ENRIQUE.

Tal vez le quitó
su propio dolor la vida.
Y si no, cuál será, cuál,
su existencia lastimosa!
sin familia, sin su esposa
que le ultrajó desleal.

ESTER.

Déjame dudar...

ENRIQUE.

No es cierto?

ESTER.

Sí, todo el crimen es mio...
mas tú me acusas, impío!
y yo lo escucho y no he muerto!

ENRIQUE.

Es fuerza...

ESTER.

Insultar asi
á una muger que padece!
bien este pago merece
la que se olvida de sí:
la que á culpable aficion

abre incauta los oidos
y de halagos fementidos
forma mentida ilusion.
Razon tienes... tiempo es ya...

ENRIQUE.

Por tí, sí, por tu reposo...
acaso tú viejo esposo
tu culpa perdonará.

ESTER.

Yo deshonrar otra vez
sus canas? no, Enrique, no.
Ni él olvidará que yo
hice infeliz su vejez.

ENRIQUE.

Pero quién sabe...? quizás...

ESTER.

Tales enconos no mueren.
Agravios que al honor hieren
no se perdonan jamas.
Acaso negra venganza
fraguando en su saña esté
de su mal pagada fé,
de su engañada esperanza.

ENRIQUE.

Tu vida acaso...

ESTER.

Mi vida!
qué importa? no la deseo,
pues en el mundo me veo
sin amparo y desvalida.
Porque soy débil... ay triste!

ENRIQUE.

Qué haces, Ester?

ESTER.

Deja, deja!

ENRIQUE.

Esto tu bien aconseja...
y bien preveerlo debiste.

ESTER.

Infame! burlando estás
de mi afliccion! por mi vida

que no juzgué tan perdida
el alma tuya jamas.
Asi me ultrajas, cobarde,
cuando desgarrada estoy...
porque débil muger soy
haces de tu infamia alarde.

ENRIQUE.

Acabemos ya. (*Se levanta.*)

ESTER.

Pues bien...
mira, yo no sé olvidar,
no, Enrique, pero sé odiar,
y sé vengarme tambien.

ENRIQUE.

Vengarte?

ESTER.

Sí, sí... y herir
tu corazon. (*Le quita del cinto el puñal.*)

ENRIQUE.

Prueba, Ester.

ESTER.

Oh! no, Enrique... una muger
no sabe mas que morir.
Eso sí, morir amando
presa de insano dolor,
con sus penas y su amor
dia y noche batallando.

ENRIQUE.

Silencio! alguien viene.

ESTER.

Sí...
es Alfonso.

ENRIQUE.

Luego iré
á verte.

ESTER.

Cuándo?

ENRIQUE.

No sé...
mas tarde.

ESTER.

(Triste de mí.)
(*Se va por la derecha.*)

ESCENA II.

ENRIQUE. ALFONSO por la izquierda.

ENRIQUE.

Alfonso?

ALFONSO.

Un hombre que llega
de Sevilla en este instante
te buscaba.

ENRIQUE.

¿Qué hay de nuevo?

ALFONSO.

Una carta de tu padre.

ENRIQUE.

Una carta? ya... sin duda
me riñe en ella.

ALFONSO.

Bien hace.
Dos meses sin verle...

ENRIQUE.

Cierto,
y si mis locuras sabe...!

ALFONSO.

Es muy posible.

ENRIQUE.

Veamos. (*Abre la carta y lee.*)

ALFONSO.

Qué dice?

ENRIQUE.

Qué?

ALFONSO.

Tu semblante
se ha inmutado.

ENRIQUE.

El pobre viejo!

ALFONSO.

Se han agravado sus males?

ENRIQUE.

No, sus males acabaron.

ALFONSO.

Murió?

ENRIQUE.

Murió, pero antes
me impuso un precepto.

ALFONSO.

Cuál?

ENRIQUE.

Triste á la verdad... casarme.

ALFONSO.

Eso?

ENRIQUE.

Una rica heredera,
hermosa y de ilustre sangre...
ha tiempo que ya otra vez
lo pretendió, pero en valde.
Sin duda espera con esto
que mis locuras acaben,
y yo no sé si lo acierta.

ALFONSO.

Mas seguro es que se engañe.
Qué piensas hacer?

ENRIQUE.

Al fin,
aunque el sacrificio es grande,
fuerza será respetar
sus últimas voluntades.

ALFONSO.

Y Ester?

ENRIQUE.

Ester? ya era tiempo
de olvidar delirios tales.

ALFONSO.

La abandonas?

ENRIQUE.

Qué otro medio
me queda?

ALFONSO.

Y cuándo?

ENRIQUE.

Al instante.
Hoy mismo parto á Sevilla.

ALFONSO.

La infeliz!

ENRIQUE.

Por Dios que calles.
Esposo tiene: su falta
no fue sin duda tan grande
que no la perdone... es cierto?
mia es la culpa.

ALFONSO.

No obstante...

ENRIQUE.

La perdonará sin duda.

ALFONSO.

Tarde moralizas, tarde.
Por qué al robarla á su esposo
de ese modo no pensaste?

ENRIQUE.

La amaba entonces.

ALFONSO.

Y ahora?

ENRIQUE.

Soy en estremo inconstante!
no es culpa mia... no hablemos
de eso mas, porque es cansarme.

ALFONSO.

En ese caso...

ENRIQUE.

La marcha
ha de ser pronta: ya sabes...
que nadie sospechar pueda,
lo entiendes, Alfonso? nadie.

ALFONSO.

Descuida.

ENRIQUE.

Pon mis caballos
fuera del pueblo: no tardes,

que quiero estar en Sevilla
para esta noche.

ALFONSO.

Diantre!
(*Se va por la izquierda.*)

ESCENA III.

ENRIQUE. Luego ESTER.

ENRIQUE.

Llora! cuando asi la miro,
(*Acercándose á mirar á la derecha.*)
el corazon se me parte
de dolor... oh! quién tuviera
un corazon de diamante!
No quiero verla: marchemos
antes que note... ella sale.

ESTER.

Os vais?

ENRIQUE.

Sí, vuelvo. (No paro
hasta Sevilla un instante.)

ESCENA IV.

ESTER. Se deja caer en un sitial.

Abandonada! oh dolor!
triste de mí que en mi daño,
delirante y sin temor
abrigué tan ciego amor
sin sospechar tal engaño!
Abandonada! este ha sido
el premio de mi ternura!
porque ciega le he creido
y por amarle he vendido
la fé que ofrecí perjura.
Este recuerdo fatal
el alma cubrió de luto

con un velo funeral,
doloroso, amargo fruto
de mi pasion criminal!
Maldito amor, que has cegado
con venda fatal mis ojos,
y mi virtud has manchado!
Pobre viejo, deshonrado
por mis livianos antojos!
Entre tanto padecer
al fin aprendiste ya,
desventurada muger,
que no hay amor ni placer
donde la virtud no está.

ESCENA V.

ESTER. ISAAC.

ISAAC.

Os encuentro por fin.

ESTER.

Qué veo! Isaac!

ISAAC.

Oh! no temais... no temais de verme aqui.

ESTER.

Desdichada!

ISAAC.

Poco hace supimos que estabais en Écija.

ESTER.

Pero... y él?

ISAAC.

Desea hablaros.

ESTER.

Está aqui?

ISAAC.

Os buscabamos por todas partes.

ESTER.

Y quién os ha dicho...

ISAAC.

Veniamos de Sevilla, y al entrar por la puerta de Carmona encontramos al criado de don Enrique, que

con dos caballos salia de la ciudad. Le seguimos, y sorprendido por mi señor y amenazado con la muerte sino nos decia vuestro paradero, el miserable lo confesó todo... iban á abandonaros, á partir á Sevilla dejándoos aqui sola.

ESTER.

El infame!

ISAAC.

Tal es el premio de vuestros devaneos.

ESTER.

Sí, ese es el que yo merecia.

ISAAC.

Mi señor...

ESTER.

Líbrame por piedad de su saña... no me abandones. Crees tú que merezca perdon mi crimen?

ISAAC.

Solo sé que os perdonará.

ESTER.

Es posible!

ISAAC.

No sabeis lo que ha padecido! ya le habria muerto su dolor si yo no le consolase con la esperanza de veros. Largas noches hemos pasado velando despues de haber recorrido en vano todas las calles de Sevilla en vuestra busca. Al fin supimos que habiais salido de la ciudad aquella misma noche... aquella noche aciaga...!

ESTER.

Ah! no me la recordeis.

ISAAC.

Teneis razon; pero consentís en verle?

ESTER.

Sí, al instante.

ISAAC.

Entrad.

(*Se dirige á la puerta, y entra Samuel: los dos esposos se miran un instante con profunda conmocion. Al fin Samuel la abraza.*)

ESCENA VI.

SAMUEL. ESTER.

ESTER.

Perdon! (*Cayendo de rodillas.*)

SAMUEL.

Qué haces, Ester? ven á mi pecho...
es verdad...? eres tú? cuán demudada!

ESTER.

Piedad de mí, señor.

SAMUEL.

Alza te ruego...

ESTER.

Asi estar debo á vuestros pies postrada.
Asi estar debo, y con mi acerbo llanto
del noble esposo que ofendí perjura
demandar compasion.

SAMUEL.

Ya ha muchos dias
te compadezco, sí, que ese amor ciego
que turbara tu paz y mi reposo,
con eterna inquietud bien ha vengado
todo el dolor de tu infeliz esposo.
Aquel amor te trajo desventuras
y lágrimas, y afan y desengaños,
en contínuo pesar... ay! bien lo dice
tu tez marchita en tus mejores años.
Tu tez del lloro sin cesar surcada,
antes tan tersa, pura y sin mancilla,
y tus ojos de fuego ya apagados,
y tu frente de nacar ya amarilla.

ESTER.

Es verdad...! sí señor, y si bastasen
á borrar tanto ciego desvarío
las lágrimas que vierten estos ojos
á todas horas en perenne cuita,
y estas acerbas penas que devoran
el alma triste, ¡ay Dios! yo sé que entonces
piedad de mí tuviérais.

SAMUEL.

Desdichada!
y no has pensado nunca en tus recuerdos,
en tu casa tranquila, abandonada?

ESTER.

Mucho, sí; con dolor mil y mil veces
he recordado los serenos dias
alli pasados en perpetua calma...
y ahora que tanta dicha es ya perdida,
por solo alzar los ojos á miraros
tranquila y sin rubor diera mi vida.
Por besar esas canas y las horas
de la noche y del dia á vuestro lado
como entonces pasar... oh, sin ventura!
ya no, ya no es posible: afrentaría
vuestra vejez con mi mirada impura.

SAMUEL.

No, Ester, prenda de amor que yo juzgaba
perdida para siempre! no, no hay crimen
que serlo pueda en alma cual la tuya.
Débil fuiste, eso sí, mas delincuente...!
no lo es quien asi llora su estravío
y asi implora perdon y se arrepiente.

ESTER.

Mas vuestro honor...?

SAMUEL.

Qué importa? de esos hombres
que no saben amar, que no comprenden
cuánto vale esta dicha, qué me importa
que el dedo de esos hombres me señale?
Oh! no me quedas tú? vivir contigo,
contigo ser feliz, cuánto mas vale?

ESTER.

Y podreis olvidar...

SAMUEL.

No sé... no puedo...
Olvidar! eso nunca... qué mas quieres
si el perdon de mi agravio te concedo?

ESTER.

Ese recuerdo amargará contino
vuestra vida, Samuel, con negros zelos...

no es verdad?

SAMUEL.

Sí, los zelos...! tú no sabes
cuánto esa triste, dolorosa idea
mi pecho combatió! la muerte misma
no es tan horrible, Ester, como es horrible
ese negro tormento. A todas horas
pensar en tí, buscarte delirando
en los usados sitios y llamarte
con dolorosos gritos sollozando.
Mirar vacía la mitad del lecho
y pensar en que el seno de su esposa
se agita entonces junto á ageno pecho!
esta idea es la muerte...!

ESTER.

Cierto...! cierto!

SAMUEL.

Ya no hay fuerzas en mí, y el cuerpo, el alma
no pueden resistir á tanta lucha.
Cuando en mi yerto seno te estrechabas,
y blanda á mis halagos respondias
con halagos tambien, ya me vendias,
y en tu adúltero amor tal vez pensabas!
Y aquella agitacion y los suspiros
que sorprendió mi afan entre tus labios
y tu escondido llanto, eran sin duda
porque en mi triste lecho y á mi lado
te juzgabas quizá sola y viuda!

ESTER.

Ay! callad por favor! vuestras palabras
me atraviesan el alma.

SAMUEL.

Sí, bien dices...
necesario es callar, que esas memorias
tristes y amargas son, y todavía
puedo ser yo feliz si tú eres mia.

ESTER.

Siempre!

SAMUEL.

Y ese recuerdo ponzoñoso
de tu ciega pasion, yo haré que muera

ahogado en sangre de tu torpe amante.

ESTER.

No, por piedad, señor!

SAMUEL.

Qué!

ESTER.

Me estremece
ese horrible proyecto... desechadle.

SAMUEL.

Sabes tú cuánto mal, cuánto infortunio
hoy tengo que vengar? Oye un momento
mi dolorosa historia, y luego dime
si injusto es mi rencor, si lo es mi intento.
Hubo un tiempo feliz cuya memoria
aun entre tantas penas adormece
alguna vez mis hórridos pesares...
tiempo de bendicion en que mi frente
aun no arrugaba el hielo de los años!
Yo era jóven, feliz, la vida mia
era un sueño de paz, y los engaños
de este mundo fatal no conocia.
Amé como tú amaste, amé... perdona...!
estas breves delicias ya perdidas,
tras tanto tiempo, arrancan á mis ojos
lágrimas desde entonces escondidas.

ESTER.

Seguid... seguid.

SAMUEL.

Amé como tú amaste,
y con igual amor, igual ternura,
un corazon hallé que respondiera
á mi ardiente pasion con pasion pura.
Una noche fatal, cuando al estruendo
de las cristianas armas, temerosa
la morisca Sevilla sucumbia,
tenté escapar de la ciudad, juzgando
asi librarme de su saña impía.
Por medio de las huestes con mi esposa
y el hijo de mi amor, aún tierno niño,
el campo atravesé... mas mi desdicha
hizo que ya cuando por fin juzgamos

libres estar, y á respirar tranquilos
despues de tantas penas comenzamos,
¡condenacion! cien hombres que alli trajo
mi destino fatal, nos embistieron...
luché por largo tiempo, y á mi rabia
muchos de los infames sucumbieron.
Pero ellos... los cobardes! que no osaban
mis golpes afrontar, con hierro impío
el seno de mi esposa atravesaron,
y con ella tambien al hijo mio.
Yo no lidié ya mas... con cien heridas
traspasado caí, pero la suerte
no quiso por mi mal que alli muriera
para darme despues contínua muerte.
Juré vengarme, y con afan eterno
en vano largos años inquiriera
del perverso adalid que los guiaba
el paradero y nombre... al fin el cielo
iluminó mis pasos...

ESTER.

Ah! le hallásteis...

SAMUEL.

No está lejos el dia en que mi rabia,
aquellos dos pedazos de mi vida
en larga cuenta acaso le reclame.

ESTER.

Pero Enrique, decid...?

SAMUEL.

Ese es el hijo,
el hijo vil del asesino infame.

ESTER.

Gran Dios! eso es posible!

SAMUEL.

Juzga ahora
si le aborrezco, juzga.

ESTER.

Ya no os ruego
ni por él ni por mí.

SAMUEL.

Quién viene? espera.

ESCENA VII.

DICHOS. ISAAC.

ISAAC.

Como me habeis encargado... (*Aparte á Samuel.*)

SAMUEL.

Tiempo era ya de que viniera: sígueme, Ester.

ESTER.

Adónde, señor?

SAMUEL.

No temas, ven. (*Entran por la derecha.*)

ISAAC, *asomándose al balcon.*

Ya va á entrar: maldito cristiano, tiempo era de que pagases tanto mal como has hecho.

SAMUEL, *vuelve á salir.*

Ya lo sabes, si muriese yo, no tengas para ella compasion, Isaac.

ISAAC.

No temais... ella seguirá vuestra suerte.

SAMUEL.

Ahí está, vete. (*Isaac se va por la derecha, y por el lado opuesto sale Enrique.*)

ESCENA VIII.

SAMUEL. ENRIQUE.

ENRIQUE.

Alfonso! Alfonso! oh! yo te juro que la has de pagar, villano: una hora esperándole y... pero qué veo!

SAMUEL.

No sospechábais encontrarme en este sitio?

ENRIQUE.

Seguramente no.

SAMUEL.

Yo sí os esperaba.

ENRIQUE.

Pero quién te ha introducido aqui? á qué has ve-

nido aqui, hebreo? por tu esposa? yo te la doy.

SAMUEL.

No la amais!

ENRIQUE.

Creí amarla.

SAMUEL.

Bien, eso me importa poco; yo no he venido aqui á pedirte cuenta de tus amores, sino á derramar tu sangre, porque es preciso que se derrame.

ENRIQUE.

Pero te has olvidado sin duda de que yo tengo una espada, y acaso no has visto que la traigo al lado?

SAMUEL.

Sí, he visto, sí; pero yo tambien tengo una espada, y al cruzarla con la tuya estoy seguro de matarte.

ENRIQUE.

Tú estás loco.

SAMUEL.

Veamos pues. (*Sacando su espada.*)

ENRIQUE.

Espera, judío, espera.

SAMUEL.

Qué, temes!

ENRIQUE.

Piénsalo bien, Samuel. Mira, yo tambien debia aborrecerte, y te aborrezco sin duda, porque me has hecho humillar una vez hasta implorar tu perdon, que no me concediste. Yo podia ser tan cruel como tú, y asesinarte, pero soy mas generoso que lo fuiste conmigo... vete, te perdono.

SAMUEL.

Tú...! tú!

ENRIQUE.

Debia aborrecerte, porque dia y noche has espiado los pasos de mi viejo padre para saciar en él tu saña, que habia de estrellarse contra el valor del hijo.

SAMUEL.

Oh! y no descansaré hasta conseguirlo.

ENRIQUE.

Miserable! si el cielo no le hubiese llamado á sí, piensas tú que nadie velaría por su vida?

SAMUEL.

Ha muerto, y no le he muerto yo!

ENRIQUE.

Infeliz!

SAMUEL.

Pero aun puedo matarte á tí, derramar tu sangre hasta la última gota. Sí, don Enrique, porque es necesario que tú mueras para que yo sea feliz... No lo sabias? pues sí, ella me amó, y á tí te aborrece, porque ha conocido que eras un malvado, un hombre sin corazon y sin fé, el hijo de un asesino.

ENRIQUE.

Samuel! Samuel!

SAMUEL.

Y ha conocido al mismo tiempo que el hombre á quien habia engañado torpemente, instigada de tí, la amaba con la ternura de un niño, con el frenesí de un hombre, con la pureza de un angel, y ella, que es buena y ha conocido todo esto, me ama...

ENRIQUE.

Te ama! y qué me importa á mí?

SAMUEL.

Tú no la quieres... no la has querido nunca... oh! yo daria toda la sangre de mis venas por hacerte probar una hora todo el infierno de zelos que en estos dias me ha deborado. Miserable! tú no la querias, y no puedes tener zelos.

ENRIQUE.

Acabemos, Samuel, acabemos. Mira, tú vas á ser feliz, y yo deseo tambien que lo seas. Te juro que he tenido remordimientos crueles desde que te robé tu esposa, y quiero devolvértela.

SAMUEL.

Pero bien conoces que mi felicidad no puede ser completa, mientras respire el hombre que ha afrentado mis canas y mi lecho. Este hombre pasaría á mi lado y me sonrojaría, y al pasar al lado de mi muger la haría bajar los ojos. No, no...

ENRIQUE.

Qué quieres, en fin?

SAMUEL.

No te lo he dicho?

ENRIQUE.

Mi muerte... es demasiado exigir, hebreo, y te juro que no estoy dispuesto á satisfacerte.

SAMUEL.

Ea pues, desnudad vuestra espada.

ENRIQUE.

Ello será, pues tú lo quieres, y aunque seas un perro judío te haré el honor de cruzar mi acero con el tuyo, que por Dios no merecias tú morir á manos de un hidalgo como yo.

SAMUEL.

Hablad menos, y obrad apriesa.

ENRIQUE.

(*Lidian un momento.*) Hola! eres valiente.

SAMUEL.

Es que te aborrezco con mi alma.

ENRIQUE.

Eh!

SAMUEL.

Qué os parais?

ENRIQUE.

Estás herido.

SAMUEL.

No.

ENRIQUE.

Digo que sí.

SAMUEL.

No es nada; seguid.

ENRIQUE.

(*Riñen.*) Espera.

SAMUEL.

Qué tienes?

ENRIQUE.

No sé.

SAMUEL.

Tiemblas? (*Se le cae la espada á don Enrique.*)

ENRIQUE.

Ah! (*Cae de rodillas apoyándose en un sitial.*)

SAMUEL.

Por fin...

ENRIQUE.

Por fin...

SAMUEL.

Sino fuese mortal...

ENRIQUE.

Mortal... oh! sí... en el corazon... aqui.

SAMUEL.

Bien...

ENRIQUE.

Perdon...

SAMUEL.

No... eso nunca.

ENRIQUE.

Infierno! (*Muere.*)

SAMUEL.

Muerto... al fin! muerto... por qué
no palpitas de alegría,
corazon? ya la honra mia
con mano airada vengué.
Ciego mancebo orgulloso,
báñate en tu sangre impura,
que solo la sangre cura
el deshonor de un esposo.
(*Llamando.*)
Isaac! Oh! que ella le amó...
estos sangrientos despojos
(*Le cubre con su capa.*)
no hieran nunca sus ojos.

(*Se dirige á la izquierda, por donde sale Ester apoyada en Isaac.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS. ISAAC y ESTER.

SAMUEL.

Ester! (No lo sepa, no...)

Partamos. (*Atraviesan el teatro, y al pasar junto al cadáver de Enrique, da Ester un grito.*)

ESTER.

Ah!

SAMUEL.

Corre... vamos. (*Cogiéndola una mano y arrastrándola tras si.*)

ESTER.

Qué habeis hecho...?

SAMUEL.

(No comprenda...)

ESTER.

Sospecha horrible... tremenda...

SAMUEL.

Qué te detiene? salgamos.

ESTER.

Por qué tan presto? esperad...
soltadme.
(*Quiere desasirse de Samuel.*)

SAMUEL.

Qué tienes?

ESTER.

Nada...
Oh! sangre!

SAMUEL.

Dónde?

ESTER.

Esa espada!

SAMUEL.

No... no... ilusion...

ESTER.

Es verdad.

SAMUEL.

A nuestra dicha comun,
qué importa su vida?

ESTER.

Cierto...
mas soltad. (*Se deshace de él.*)

SAMUEL.

Espera...

ESTER.

Muerto! (*Levanta la capa, y al verle difunto se desmaya.*)
Ay! muerto...!

SAMUEL.

(*Recogiéndola en sus brazos.*) Le amaba aún.
Oye, Ester...! inmóvil...! fria...
tal premio mi afan recibe...!
Infeliz...!

ESTER.

Samuel! (*Con voz desmayada.*)

SAMUEL.

Ah! vive...!
y ya... para siempre es mia.

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, calle de Columela, núm. 17, primero.

Madrid.—Estab. tipográfico de los Sucesores de Cuesta, Cava-alta, 5.